

Lío en las aulas: filosofía, si; filosofía, no.

Hay quienes piensan que una formación que olvide el sentido de la república platónica, el concepto de la naturaleza de Aristóteles o el devenir de la realidad de Hegel está falta de piezas esenciales. Sin duda es así. Pero no es tanto el valor cultural de esos nombres, o los de Rousseau, o Kant, o Heidegger u Ortega, lo que más urge restablecer y recuperar, no.

Lo grave es la pérdida del sentido profundo de la existencia que la filosofía, y sólo la filosofía, puede dar a todas las generaciones de jóvenes que crecen alrededor nuestro. Sólo la literatura, o al menos cierta literatura, podría tratar de paliar ese gravísimo agujero de ozono intelectual que se está abriendo en nuestra cultura.

Está reciente el eco de las manifestaciones de protesta de universitarios, intelectuales y artistas por el presente y el futuro que espera a las Humanidades, y especialmente a la Filosofía, en el nuevo bachillerato que se echa encima de nuestros estudiantes.

**HELIO
CARPINTERO**

Hubo un tiempo, hace tres o cuatro decenios, en que el bachillerato parecía eterno, aun cuando sólo duraba siete años. Representaba una etapa esencial de la vida. Era el momento de la adolescencia, en que se adquirían los instrumentos mentales esenciales y las líneas maestras de la cultura de la época; a la vez que rebullía la inquietud sexual, se formaban las amistades de siempre y surgían las crisis de identidad —política, religiosa, personal— en que se configura la persona. En las memorias que se están publicando en años recientes puede verse cuánto habían

aprendido en ese tiempo algunos de nuestros científicos y escritores más conocidos.

Es fácil ver también cuántos grandes maestros de nuestra cultura han sido profesores de Instituto. Rafael Lapesa, Manuel de Terán, Pedro Puig Adam, Gerardo Diego, Guillermo Díaz Plaja, José Manuel Blecuá, Antonio Domínguez Ortiz, Vicente García de Diego, son algunos de los nombres que me vienen inmediatamente a la memoria de esa legión que dio al bachillerato una seriedad y un nivel de que nos hemos beneficiado unas cuantas generaciones de españoles. Tales nombres están aquí en representación de los miles de espíritus abnegados que, sin medios y sin beneficios, entregaron su vida a la formación de los jóvenes de la España contemporánea.

El bachillerato enseñaba las cosas fundamentales: a hablar, a pensar, a calcular, y a saber cómo era el mundo físico y el mundo histórico. Envuelto en el perfume, a veces reseco, de las declinaciones latinas, se cobraba conciencia del pasado clásico; entre listas de ríos y de países productores de las más diversas materias y de partidos judiciales, se aprendía una imagen más o menos precisa del mundo actual; se estudiaba, entonces, psicología, lógica, ética, e historia de la filosofía, y con ello adquirían un significado preciso las palabras con que se ha definido al hombre desde Grecia, como "animal racional"; sobre todo, se empezaba a saber qué es eso del ser racional y la racionalidad, términos sobre los que se asienta la cultura occidental.

La prisa por reformar, el afán de no parecer tradicional, y la confianza ilimitada en que, en educación, cambiar es sinónimo de mejorar, han hecho del bachillerato español un pantano de planes, y de sus alumnos una callada masa de sujetos obedientes y prestos a seguir el juego cambiante de los iluminados de la educación.

Aquí, como en tantos otros casos, la letra va por un lado y la música por otro. A fin de mejorar la formación de nuestros jóvenes, hemos dejado el bachillerato reducido a dos años; lo queremos repleto de cosas serias, con computadores, con varios idiomas, con un sentido técnico del mundo y de la vida. Y así queremos formar la conciencia moral, la personalidad liberal, el espíritu democrático, la mente crítica, el juicio sin prejuicios, incluso el ser de una libido no reprimida ni constreñida por la civilización. (Todo realizado entre varias épocas de asueto que incluyen toda suerte de festividades —la Constitución, la Purísima, las Navidades, Semana Santa, el patrono del lugar, Santo Tomás, el Carnaval, las Fallas, San Isidro, el patrono del colegio, más los puentes que pudieran construirse en el año, y llegando al final del mes de mayo con el programa florecido y maduro).

«La prisa por reformar, el afán de no parecer tradicional, y la confianza ilimitada en que, en educación, cambiar es sinónimo de mejorar, han hecho del bachillerato español un pantano de planes, y de sus alumnos una callada masa de sujetos obedientes y prestos a seguir el juego cambiante de los iluminados de la educación.»



Tras la caída, hace unos años, de las humanidades clásicas a la bolsa de complementos y accesorios, y luego, por obvias razones de reacción al franquismo, la de la religión y la formación cívica, aquella perenne "Formación del espíritu nacional" por la que hubieron de pasar los demócratas de hoy, ahora le ha tocado el turno a la filosofía. Queda de ella un curso obligatorio, pero no entra en los contenidos de que consta el examen de selectividad. Aquí, a pesar de que una gloriosa tradición de maestros han clamado contra los exámenes, desde la Institución Libre de Enseñanza a Marañón y a tantos más, la enseñanza secundaria actual gira en torno del examen de selectividad. Este examen determina hoy lo vivo y lo muerto en el bachillerato, lo que importa o no interesa, lo que es materia obligada o puro adorno en la formación. Lo que en aquel no entra, al final no cuenta.

¿Qué puede suponer esta pérdida?

Los hábitos de la actitud pragmática ante la vida han calado tan hondo, que nos impulsan a verlo todo primero que nada bajo la especie de la utilidad. En el mundo de la educación, tal actitud ha resultado ser devastadora. Ha empezado por transformar la cultura, la educación, la formación de la persona, en adquisición de técnicas y habilidades. Claro está que no hay técnica ni habilidad que no sea para ciertos fines concretos y precisos. La conversión de la formación en instrucción ha tendido a conceder la primacía a cuanto parecía relacionado con fines adaptativos para el mundo del adulto dominante en una sociedad. Cuanto no parecía inmediatamente ligado a las situaciones generales del hombre medio, ha ido cayendo en la desatención y el rechazo. Se ha magnificado el valor de los medios, al tiempo que se ha producido un olvido de las metas y los fines valiosos en sí mismos.

La filosofía era y es un descenso hacia las cuestiones radicales. Supone la acomodación de la mente a un lenguaje de ultimidades; ofrece una consideración del hombre y el mundo desde el horizonte de la razón. Al mismo tiempo, proporciona un impulso para adquirir rigor en el pensar, respeto hacia el ideal, y conciencia de la dimensión social y comunitaria.

En definitiva, la filosofía tiene genéricamente unas funciones de autoconciencia y de totalización, esenciales en esa etapa en que se halla el adolescente abriéndose al mundo de su tiempo, más allá de los círculos familiares limitados y habituales.

Domina hoy una formación centrada en los datos, y donde la acumulación de detalles parece ser la señal de la seriedad de la materia a aprender. Falta, en cambio, la visión global de los

«Los hábitos de la actitud pragmática ante la vida han calado tan hondo, que nos impulsan a verlo todo primero que nada bajo la especie de la utilidad. En el mundo de la educación, tal actitud ha resultado ser devastadora.»



problemas, sobre todo el enlace de lo que en su día se llamó lo moral y lo natural, el ser del hombre y de la naturaleza. Se procura una instrucción en técnicas y procedimientos, carente de toda reflexión sobre el ser mismo del hombre, el sentido de la racionalidad, el valor del saber y de la ciencia, el sentido de la realidad y de su fundamento. Y de este modo, se están produciendo unas generaciones de personas a las que se les niega la oportunidad para entrar en sí mismas, sentir el peso y la seriedad de la vida, y cobrar conciencia de la dignidad de lo humano. Este movimiento que conduce, mediante la pérdida de los valores y de la reflexión, a la trivialización de lo humano, está ocurriendo al mismo tiempo que se produce la desaparición prácticamente generalizada de la formación religiosa, que queda, donde queda, reducida a asignatura marginal, como reliquia de tiempos ya idos. Se obtura, así, la vía intelectual hacia el posible fundamento de toda la realidad, en un doble movimiento de signo convergente cuya gravedad es difícil de ponderar.

Hay quienes piensan que una formación que olvide el sentido de la república platónica, el concepto de la naturaleza de Aristóteles o el devenir de la realidad de Hegel está falta de piezas esenciales. Sin duda es así. Pero no es tanto el valor cultural de esos nombres, o los de Rousseau, o Kant, o Heidegger u Ortega, lo que más urge restablecer y recuperar, no. Lo grave es la pérdida del sentido profundo de la existencia que la filosofía, y sólo la filosofía, puede dar a todas las generaciones de jóvenes que crecen alrededor nuestro. Sólo la literatura, o al menos cierta literatura, podría tratar de paliar ese gravísimo agujero de ozono intelectual que se está abriendo en nuestra cultura.

Lo que está ocurriendo ante nuestros ojos, con las enseñanzas que se preparan para nuestros hijos, es una gigantesca trivialización de la comprensión de la existencia, mediante la supresión de los saberes en torno a las cuestiones últimas y trascendentes. ¿Es una acción meditada por alguno o algunos? ¿Es resultado de una simple ignorancia, o de falta de atención, o de irreflexiva trivialización?

Cuando los valores profundos de la existencia, y el sentido de la dignidad racional del hombre, reconocidos una y otra vez en las declaraciones políticas y en las leyes del país, no tienen un lugar donde ser estudiados, analizados, y considerados con la calma de un aula, en la lejanía de toda crispación partidista que envuelve siempre a las asignaturas de la enseñanza, se van convirtiendo en puros nombres, vagas entidades que luego se concretan en formas sesgadas, deformadas, en manos de grupos inconformes que buscan producir una cierta indoctrinación política, en sus adictos y ciliados.

«La filosofía era y es un descenso hacia las cuestiones radicales. Supone la acomodación de la mente a un lenguaje de ultímidades; ofrece una consideración del hombre y del mundo desde el horizonte de la razón.»



No se podrá, tal vez, establecer con firmeza la relación que hay entre la pérdida del estudio objetivo y sin ira de los valores humanos y la aparición de grupúsculos que descubren algún sentido a credos extraños y a devociones irracionales. En un tiempo que, ya hace años, Ortega caracterizara por el dominio del hombre-masa, el antiliberal que no quiere tener razón y no quiere comprender sino imponerse, es socialmente una bomba de relojería la desaparición de las humanidades en la formación de los espíritus. Tiene espoleta retardada. Es cuestión de saber cuándo, o cuánto, puede durar sin explotar.

«Y de este modo, se están produciendo unas generaciones de personas a las que se les niega la oportunidad para entrar en sí mismas, sentir el peso y la seriedad de la vida, y cobrar conciencia de la dignidad de lo humano.»

